

MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

CRÓNICA

Es imposible tomar la pluma en estos días sin que la palabra *cólera* baje inopinadamente á ocupar el puesto de media pulgada sobre el papel. No hay corrillo de plazuela, junta de tras-botica, ni conventículo de barbero, donde alguien no siente baza para hablar del terrible azote. Las visitas de cumplimiento, cuentan ahora con un tema ó lugar retórico importante para hacer andar por algunos minutos la penosa máquina de una conversación artificial, y se tiene además la ventaja de sustituir la presentación entre los que quieren conocerse, pues el manoseado instinto de conservación se sobrepone á la educación común, cuando uno pregunta: ¿Se dice algo del cólera? Si nos gustara el jugar con fuego, pudiéramos transcribir en este sitio diferentes diálogos ocurridos con ocasión de la enfermedad epidémica que está haciendo saltos de caballo en Francia,

como pudiera hacerlos en un tablero de ajedrez. Algunos de estos diálogos son hijos realmente de una verdadera tranquilidad interior que se traduce en chistes y que habla de tú al cólera morbo. Hay temperamentos que están sentados sobre el cráter de un volcán, con la risa en los labios: no cabe duda. Pero ¿cuantos otros que rien, se burlan y hablan á su antojo del extraño personaje, no intentan otra cosa que engañarse á sí mismos y engañar á los demás? ¿Cuantos disfrazan con trages de humorismo, su propio miedo? Si la estadística pudiese inquirir la sinceridad en las conversaciones de este género, mucho tendríamos adelantado para apreciar cuales serían las víctimas probables de la enfermedad en el caso desgraciado de su visita á esta isla.

Y cuenta que antes de llegar, el miedo hubiere hecho tambien sus estragos pues el pánico y la consternación son precursores natos de toda clase de catástrofes. La atención y la voluntad convergiendo continuamente hácia una misma parte del organismo, determinan en esta parte una dolencia igual ó parecida á la que temen. Y esta evidencia patológica se comprueba con la siguiente enseñanza de un insigne doctor: «Coged, dice, un hombre condenado á muerte por cualquier crimen, decidle que en lugar de ser ejecutado en el patíbulo morirá desangrado en vuestro gabinete. Vendadle los ojos, acercad una jofaina, hacedle creer por medio de un pinchazo, que tiene abierta una arteria sin que esto sea verdad: á los quince minutos el reo habrá fallecido.»

Á esto pudiéramos añadir un conocidísimo cuento: interrogado el cólera morbo por haber causado en una población diez mil víctimas, cuando solo tenía permiso para atacar mil, se defendió diciendo que las nueve mil restantes habían fallecido á consecuencia del miedo y sin interven-

ción ninguna de su influjo destructor. Por lo demás, el miedo se escabulle siempre de todo y no paga nunca los vidrios rotos, como buen hijo de cacique.

* * *

Abiertas de par en par todas las puertas á un calor inícuo, si es susceptible de tal calificación, se retira todo el mundo en el último rincón de su vivienda y digo el último porque en estos casos suele ser el más fresco y apropósito para andar á la ligera. El calor es un individuo indiscreto, un vecino que siempre está atisbando, que todo lo llena, que penetra en todas partes, en fin, que nos hace sudar el quilo. Se cuela de rondón sin respetar el derecho de gentes: contra él no valen aduanas ni cuarentenas y es imposible la extradición. Y más molesto que en otras partes es aquí, donde el calor se nos pega con obleas y andamos muy espuestos á derretirnos como una vela ardiendo.

Afortunadamente el pabellón de baños queda instalado convenientemente á disposición de quien quiera aprovecharlo. El baño, elevado á la categoría de necesidad por ciertos pueblos ha sido relegado por otros al olvido más humillante. El zumo que se obtiene con los granos de una planta americana, congrega actualmente en salones vastos y confortables, aunque no del todo higiénicos, una y otra generación. El café además de un establecimiento público, es una institución social indispensable en poblaciones de cierta importancia y tiene ahora idéntica misión que las Termas en la antigüedad romana. La mesa del café se convierte con frecuencia en piedra de disección. Muchos problemas importantísimos han nacido y se han agitado al

calor de aquella atmósfera densa é irrespirable. Muchas y grandes ideas se han evaporado lentamente sobre el mármol de una mesa confundiéndose poco despues con las más imbeciles vulgaridades. En las suntuosas termas de Roma, el placer de sumergir el cuerpo en agua fria ó templada reunía por clases todo el censo de la ciudad. El refinamiento del lujo intervino en estos palacios del agua, llevado á su colmo. Muchos emperadores, como Diocleciano, si no hubiesen hecho célebre su nombre á fuerza de crueldades lo hubiesen eternizado solo con el recuerdo de tales monumentos. La molicie y la disolución reunía diariamente en las termas y en los cenáculos millares de personas que discurrían sobre las menudencias políticas y sobre los escándalos togados de la patria de Augusto, como podemos leerlo en muchas páginas de Plauto y Juvenal. Actualmente los baños han tomado un carácter austero y cenobítico, teniendo mucho más de rústica maceración, que de voluptuoso encantamiento y aunque la moda se cuida de escoger puestos y poblaciones apropósito, no hay duda que los baños son un simple pretexto y vana ficción sanitaria para engañar el propio bolsillo.

* * *

Ha aparecido ya el tomo que contiene las composiciones premiadas y leídas en los Juegos Florales de este año. Como un estimado compañero nuestro prepara un artículo crítico respecto de tan importante como esperada publicación, omitimos ahora todos los demás detalles que podríamos ofrecer.

Tambien se ha recibido en algun círculo literario de esta

ciudad un tomo titulado *La Copa*, colección de poesías originales de nuestro amigo D. Francisco Matheu y Fornells. Esperamos para darlo á conocer, hablar del volúmen con la estensión que merece.

* * *

En cuanto á otras novedades, ninguna recordamos en este momento. Las fiestas de barrio distrayendo los ócios callejeros de los vecinos, alegran la población con los acordes de una música ya militar, ya civil. Mucha demanda de fresco á última hora en los paseos. Los vestidos blanquizcos y ligeros; la animación exclusivamente nocturna. Desearía que al escribir la crónica siguiente hubiesen cambiado las presentes circunstancias que hacen necesaria la promulgación de una ley sobre temperaturas.

M.

15 Julio de 1884.

LES BAMBOLLES

II

Aquell mateix dia, quant tocavan *Sanctus* á la parroquia, corregué per dins la vila el rum-rum de la mort d'en Geroni. Estols de jovensans en sortian correguent cap á la garriga de Son Rossinyol, y els homos que en tornavan venian rabiosos de veure un fet tan inesperat y escandalós. Per tots els carrés hi havia rotlets de dones que contavan el cas de cent mil castes diverses.

—¡Filleta meua! (deya madó Juanayna.) ¡Quina passada, com som Chesch! ¡Jo no m'en puch avenir!

—¡Pobre Geroni! (contestava na Francina de ca'l ferrer.)
¡Tan jove! ¡Tan guapo qu'era!

—¿Y qui es aquest Geroni? (demanava na Pareta.)

—¿No saps?... ¡En Geroni!... (replicava na Miquela de s' Estanch.) Tú no'n conexas d'altre.

—¿En Geroni?... ¿Aquell jove vermellet de cara?

—Qu' estava de missatge ab l'amo'n Tófol.

—¿Aquell bon atlot, incapás de fer mal á les pedres?

—El mateix.

—Aquell qu' el dia de Sant Llorens era á ca-meua á doná els molts anys á mon pare, quant tú vengueres; y que mos fé riure tant.

—¿Y qu' es que té de nou?

—Tant no tengués el pobre malanat.

—L' han mort.

—¡Que me dius!

—¡Quina desgracia mes grossa!

—No voldria mentir; pero casi juraria qu' era ahí decap-vespre qu' el vaitx veure passar per devant la casa.

—¡Com que no sia possible que l' hajan mort!

—Sapias, donchs, qu' es ben cert. Tan cert com s'ha dita missa avuy.

—¿Y no diuen qui es estada la mala ánima qu' ha comés aquest atentat?

—Ningú ho sap. Hi ha que suposa que li sortiren bandetjats á robarli la saldada d' aquest any.

—No serán mals bandetjats.

—Digala ma filla que crehedora sia.

—¿Que saps tú?

—Si axó no pot esser. Els amos no pagan fins el dia de la Mare de Deu.

—Per ventura havia mesté la saldada per anar á fira, y l' amo la hi havia bestreta.

—¡Madó Juanayna! Sabeu que xerra la gent. Qui manco hi sap més hi diu; y jo no crech mes que lo que veitx.

—¡Que m' has de dir tú; xaubeta! Saps que ho sé jo de bona tinta.

—¡Comesara! ¿Que hi erau vos cuant el mataren?

—No hi era, ni hi tenia cap feyna; pero 't sé dir qu' en Toni l' ha anat á veure, y diu qu' allá hi ha vist el Batle, y un conco seu que plora que no té consol; y per més senyes m' ha dit que á l' esquena hi tenia la camia axuta.

—El pobret degué caure d' esquena.

—Segons veitx, cuant ha fet la batuda, á la dematinada, ja devia esser mort.

—¡Y que no ho veus! Axó es tan clar con la llum del sol.

—Jo he sentit contar qu'anit passada hi va havé un gran ball á Son Rossinyol, y qu'ell en vá sortí que ja eran prop de les tres; y que 'l veren que s'en venia á la vila acompanyat d'un altre.

—¿Y no diuen qui es el qui l'acompanyava?

—No se sap. El Sen Miquel, que té un tros de terra més enllá, contava que los va trobar p'el coster de la garriga, y los doná l'«Alabat sia Deu.»

—¿Y el Sen Miquel no los va coneixe?

—Conegué el mort, per la veu, porque li contestá «Pera sempre» mes l'altre no digué res; y com feya molta fosca no pogué sebre qui era.

—¡No sabé qui era! Ja m'ho farà creure á mí. No ho deu voler sabre. Massa espavilat es ell per no coneixe una ombra al punt de la mitja nit.

—Posaria messions qu'aquest qu'anava ab ell fonch el qui 'l va ferir.

—¡Que saps tú, doctora, qui va esser! ¿Justament porque anava ab ell, ja l'ha d'haver mort?

—¿Y aquell cocó d'aygua vermella, que diu en Guiem qu'han trobat dins el bosch d'allá prop, no vol dir res perventura?

—Que té que veure una cosa ab l'altre.

—Madó Juanayna. No converseu molt, porque si la Justicia ho sap vos farà compareixe á declarar.

—En dir que no sé res, no 'm farán res.

—Y jo maldement ho sabés y ho hagués vist, me guar-

daria com de caure de dir res per por de gastos, y per por d' altres pors.

—Jo 't sé dir, Pereta, qu' obrarias malament.

—Donchs qui no li agrada que no 'n menj.

—No dir lo qu' un sap, ho trob molt mal fet. Tothom fa els mateixos contes, y llavors la Justicia no pot averiguar res, ni castigar aquell que s' ho mereix; y després tenim que qui ha fet un pané fa un covo, y després una dotzena de covos; y ab el temps per un pecador pateix tota una nau; perque en agafarne un la Justicia, per petita que l' haja feta li fá pagá els pecats dels que no agafa, y el penja.

—Ah, no; fieta. Qui l' ha feta que la pach. Val més penjar un homo que posar un mal estil.

—Si jo fos jutje, t' assegur que s' hi posaria la má.

—Pero;... ¿Y si ningú ho ha vist? ¿Y si no se pot averiguar ó descobrir la mala eyna que l' ha mort? que hi pot fer el pobre Jutge per voluntat que tenga?

—¿Y aprop d' en Geroni no hi han trobat cap senya?

—Per ara ningú sap res.

—Jo casi juraria qu' el Sen Miquel deu sebre cualca cosa y no ho vol dir.

—Massa que 's sabrá ab el temps. Prou que mos ho dirán sense demanarhó. El pecat pesa més que plom y sempre s' en vá á fons.

—Y la veritat sempre sura.

—Y el Dimoni tapa y destapa.

—Saps tú si les llentriques de la garriga poguessen parlar...

—Ó l' arruxat d' avuy dematinada...

—Ó el seregay que banyava els peus del pobre Geroni.

—Deixau fer al Temps. Jo he sentit predicar no fa molt

á n' el senyor Rector, que qui ab ferro mata, ab ferro ha de morir; y la paraula de Deu no pot quedar en lá.

—Jo 'n coneix un que n' ha fetes pera salar, y aximateix travessa y gaudeix; y com qu' el mateix Deu li fassa llum en totes les seues coses.

—Ó el Dimoni... ¡Que saps tú!... Á Deu deixa 'l fer, que com té moltes feynes y una vida llarga, molt llarga y assegurada per poderles acabar totes, may va de pressa en les seues coses. Ja vendrá la seua hora; y mira quin dia t' ho dich. Aquest que dius, que tú coneixes y que jo ja me pens qui puga esser, no dorm tan tranquil com jo.

—Ell se passetja ben content y alegre y se riu de tot.

—No s' en riurá sempre. Ja arribará el seu dia, més aviat que no 's pensa. Cap truyta he vista que no s' haja girada prest ó tart.

—Pero al entretant se deverteix y prospera.

—Saps si tú li poguesses mirar el cor per una finestreta, que 'l trobarias de farest y negre.

—Per ningú es més mal que p' el qui es mort.

—Ben cert. El pobre Geroni ja ha acabat de menjar pa pera sempre, y el qui li ha pegat trunfa, se passetja, y calla, y sotja y deixa cantar la gent.

—Jo no voldria estar dins la seua pell.

—Ni jo manco.

—Qui sap si á l' hora d' ara pogués tornar arrera y desfer lo qu' ha fet, ho desfaria maldement li costás cent duros.

—No ho descrech.

—Pero está fet; y Deu mos guard d' un «Ja está fet.»

Els rotlets d' els homos tenian la conversa més séria y profitosa. Alguns d' ells havian estat en el ball, y no podian recordar cap acció ni paraula que pogués servir de fonament

á tal desgracia. Suposavan uns que devia havé estat un dels derrers que sortiren de la casa y no se li conexia cap inimich ni guerrer. Si el mort fos estat en Tomeu podrian atribuhir el fet á cualca jove qu' estigués jelós d' ell, per haver vist el cas que li feren aquell vespre l' amo y la madona dins el ball y fins la mateixa pobila la seua filla que no s' havia moguda del seu costat. Més essent el mort un pobre missatge d' una possessió del veynat que may havia demostrades pretensions envers de na Margalida, qu' era s' atlota d' en Tomeu, no podian pensar qui pogués esser el qui l' havia assassinat.

Mentres tant, la Justicia prengué cartes en l' asunto totduna que ho va sebre, y acudí en el siti, y després de preguntar á n' el cadaver «Qui t' ha mort» y de ferl' ho visurar y regoneixe p' el metje de la vila, y de manar que l' enterrassen en lloch sagrat; posá má á ploma, comensá á embrutar paper y á prendre declaracions á té qui té á tota persona que donava lloch á sospites ó era coneguda d' en Geroni.

Prest hagneren de compareixe dalt la Sala tots els joves del ball, y l' amo, y la madona, y els missatjes de Son Rosinyol, y en Tomeu, y na Margalida, y el conco y demás parents d' en Geroni, y l' amo 'n Tofol, y el Sen Miquel y molts d' altres qu' havian fet llarch ab les seues converses; mes de tantes declaracions res s' en pogué treure en net. Ningú sabia el cas per clá. Ningú havia vist en Geroni ni blanch ni negre després del ball. Ningú; més qu' el Sen Miquel que va dir qu' un quart abans de l' arruxada l' havia trobat acompanyat ab un altre, que no va coneixe perque feya fosca negre.

Debades li demaná el jutje si era alt ó baix y com estava

vestit. El Sen Miquel se cerrá á la banda y no li pogueren fer dir mes que no l' havia pogut veure bé per coneixerlo ni havia sentit tan sols quina veu tenia.

Na Margalida devant el Jutje s' assustá molt, y tengué esterich y tot. El seu trastorn volia significar qualca cosa á la Justicia; mes, per bé que feren, no arrancaren d' ella més paraules que «no sabia res, ni tenia sospites ab ningú.»

El Jutge, que se coneix qu' era homo que la sabia llarga, li demaná si havia festetjat may al difunt, ó si era persona que no li fos indiferent; y ella, que com á dona en sabia en el veure més qu' el Jutge, va dir que li era indiferent y que no havia tengut may relacions ab ningú més que ab en Tomeu.

Aquest se presentá molt tranquil, ab cara de suro y la rialleta á la boca, y quant li demanaren sobre les relacions que tenia ab na Margalida contestá qu' era cert que la festetjava y qu' ignorava qu' hagués conversat ab ningú abans d' ell; y quant li retregueren la mort d' en Geroni, digué qu' á les dues y mitja havia sortit del ball y s' en havia anat á jeure á ca-seua y no havia sabuda la novedat fins á l' exida de sol, quant s' axecava.

La Justicia se cansá d' escriure, la gent se cansá de parlar del mort; y un mes després ja no s' en cantava gall ni gallina de la desgracia del pobre Geroni.

P. DE A. PENYA.

(Continuará.)

UNA OBRA DE ARTE

II

Publicado el programa de concurso á principios de 1880, para los seis cuadros, ó lienzos murales, con destino al gran salon de grados de la Universidad literaria de Barcelona, nuestro compatriota y amigo D. Juan Bauzá, presentóse á la noble lucha con todo el ardor de artista, aprovechando la ocasión, poco frecuente, ya que no seguro del éxito, con el valor al ménos de penetrar en la arena del noble palenque, eligiendo el quinto asunto del programa.

«España del Renacimiento: la traducción de la Biblia Poliglota, hecha en Alcalá de Henares por impulso y bajo la dirección del Cardenal Jimenez de Cisneros.»

Entre las cinco obras aprobadas entónces, figuró la presentada por el Sr. Bauzá, encargándosele la ejecución de ella, cuya dimensión era ocho metros veinte centímetros de longitud, por tres metros cuarenta y cuatro centímetros de altura, y precio doce mil quinientas pesetas. Posteriormente, se modificó la dimensión longitudinal del cuadro aumentándolo hasta la escesiva de once metros, añadiendo algun mayor precio al prefijado, aunque no en proporción á las mayores dificultades que sobre el artista recaían después de concebida y dispuesta la composición del asunto para una

superficie dada, y á la que se añadía lienzo suficiente para otra composición de tamaño natural. Modificación equivalente á descoyuntár la composición, ó á meter en ella figuras y detalles de importancia en número bastante á cubrir lienzo.

Tratándose de una obra de semejante importancia, de precio en relativo tan limitado, y después de modificación tan capital, no podía ser la idea del lucro la que guiase al Sr. Bauzá, pero sí la del triunfo, como en los juegos florales una flor natural, y en los torneos una banda de seda.

Alcanzado el primer triunfo, nuestro artista con atrevimiento digno de elogio, posponiendo el interés al empeño de salir airoso en su empresa, acometió la obra. Procuró antes preparár, ya que no todo lo necesario, lo que le fué posible: pasó á Roma, no precisamente para ejecutarla allí, sinó para buscar lo que podía serle de utilidad, y regresó aquí para encerrarse en el local que á falta de mejor pudo serle servible, y con pocos datos, escasos elementos, y ménos obgetos, sin modelos educados al efecto, y con carencia casi completa de lo más necesario é imprescindible, arrebatado por una especie de vértigo desesperado, venció cuanto pudo y del mejor modo que supo, el sin fin de complicadas dificultades que aparecen siempre en obras de semejante índole, y mucho más si de antemano no se tienen bien previstas, y con precisión premeditados los medios y recursos para superarlas.

Atendiendo á cuanto debe atenderse, á la imposibilidad de mermár en crecida suma la cantidad del prefijado precio, para compra de costosas telas y confección de trages, y cuanto más se requería para los estudios de esa composición, hay que convenír en que el esfuerzo y el resultado es digno de elogio: que el cuadro, como Obra de Arte, vale, y que el

artista se ha hecho acreedor á los legítimos aplausos arrancados por las bellezas y lo acertado que su cuadro contiene: y que ante lo correcto, lo defectuoso es de tal modo excusable, que por tirantéz y crueldad debiera considerarse el empeño en llamar sobre sus defectos la atención haciéndolos resaltar: mucho ménos desde el punto de vista crítico, lo cual no es lo mismo que como individuo de un Jurado.

Las Obras de Arte, como ha dicho un reciente crítico, «no se juzgan por sus defectos, sinó por sus bellezas.»

El Sr. Bauzá como autor de la obra, debe saber bien, como los críticos, y mejor que los espectadores, la importancia de esos defectos, de los cuales cosa alguna debida á la mano del hombre se vé libre; así como puede darse por sabido, y para sus compañeros en arte sabido ciertamente, que, más y mucho mejor puede hacer el Sr. Bauzá mismo, en un lienzo cuyas condiciones y asunto favorezcan más las facultades de que dispone, y puede más brillantemente hacer valer.

Para este público, cuya generalidad no se había jamás fijado en lo que significa la condición de un lienzo mural, que solo de oídas pudo tal vez suponer lo que podría ser un gran cuadro de Certámen ó Exposición, pero sin clara idea de lo que era, naturalmente debió sorprenderle la magnitud del cuadro, como sorprende todo lo notable y nunca visto. La misma composición delicadamente concebida y primorosamente ejecutada en pequeño tamaño, en el reducido lienzo de un metro, es más que probable, cierto, para esa misma generalidad hubiera pasado completamente desapercibida, sin que hubiese sido suficiente que las miradas de unos pocos atragesen sobre ella la de los muchos; como dejaría seguramente de mirarse, un diminuto gran cuadro de Mes-

sonier, si de ántes no se supiese, y hasta burlándose de los que lo contemplasen y encomiasen, porque ¿cómo hacer comprender que una tabla ó lienzo de pocos centímetros de extensión, se cubra con altas pilas de monedas de oro, ó con abultados paquetes de billetes de banco?

La Obra de Arte debida á nuestro amigo vale más de lo que se prometían y esperaban los conocedores de su valer artístico: cuyo aprecio, y sincera manifestación debe ser más grato para él que los entusiastas aplausos de los agenos al Arte, y que concurren á formár la inconsciente masa, sin darse clara razón de lo que miran y aplauden, porque otros aplaudan ó celebren: lo cual, llevado al extremo puede llegar á inferir perjuicio, cuando otro no sea, el desvanecimiento por el aroma del incienso... porque es muy grato, y dulcemente se absorbe.

Sin entrar en particularidades y detalles referente á lo que por el éxito sobresale, y mucho ménos á lo que deja que desear, para lo que se llama un conjunto completo, con mayor motivo después de haber merecido el boceto y estudios, la aprobación del Jurado, es preferible emitir el juicio crítico en sentido generál. Y de lo que contiene lo dicho, se desprende, y puede deducirse muy claro, cual es la opinión que ha merecido, y la especial de quien esto suscribe, sinó por completo acertada, sincera y desapasionadamente consignada: evitando á la vez el abuso del elogio, y la tirantéz de la censura.

El cuadro de que se trata, dicen, y con algun acierto, tiende al carácter de la Escuela Española, mejor dicho tal vez, Madrileña, ó Castellana, capitaneada por el insigne gran D. Diego de Velazquez, único entre los más célebres maestros, ni ántes con precedente de estilo, ni después igua-

lado, y jamás superado en su sencilla y natural corrección, ni en la justa y sóbria riqueza de color, tranquila luz y armonía de claro-oscuro, ni en su propio y especial carácter de escuela, con laudable esfuerzo tomada como tipo por nuestros artistas contemporáneos desde hace cosa de una cuarta parte de siglo: si el cuadro del Sr. Bauzá tiende á ella puede decirse es por coincidencia: afianzado y robustecido Velazquez por sus estudios, retratos y copias del natural, con poca predilección por el estudio del antiguo, y ménos el idealismo, se formó un propio carácter de completo naturalismo. Dícese tendencia, no imitación: la imitación en Arte vale poco, el igualár difícil, y el superár imposible, cuando se toma por modelo á un gran maestro: despreciando lo primero, no debiéndose fijár en lo segundo, y no pudiendo en lo tercero, el artista debe procurár seguir por el camino de lo suyo propio, buscando un resultado como aquellos grandes maestros artistas obtuvieron, tal como lo entienda y pueda, sin perder de vista los buenos ejemplos, sin violentár sus condiciones, pesando bien las fuerzas con que cuenta, y los recursos de que dispone, pues el no atender á todo eso conduce á lamentables extravíos, y á pérdidas irreparables; el mayor número de artistas fracasan en semejante escollo.

Hablando en tal sentido no formo parangones, ni mucho ménos, con el gran artista precitado, cosa que ni yo podría permitirme, ni mi amigo tolerarme. Sale á cuento solo para probár, que esa tendencia que se cree ver en el cuadro de Bauzá, es de pura y natural coincidencia; porque éste, con sus retratos y cuadros llamados de caballete, bien estudiados del natural, y no á capricho, sigue sin preconcebida idea la senda de aquél, y así trasluce en sus obras, algo que á esa sólida fuente semeja; y más semejaría si

ménos abusara de los negros pesados y de los pardos frios, que si bien facilitan ciertos efectos, perjudican la verdad del claro-oscuro, y dañan á la armonía del colorido, por resultár por este fácil pero engañoso medio, duro, pobre y monótono cuando ménos. Como artista debe saber bien, que la apariencia de la luz, y sus efectos no se producen solamente por fuertes claros, sobre fondos oscuros, esos recursos de violenta justaposición encantan al vulgo, que mira, no conoce, ó conoce mal, que es peor, ó si examina y analiza, lo verifica con ligero criterio de momentánea impresión, falto de necesaria madurez; los recursos de brochazo, y brillante color, sobre un tono general sea oscuro, sea claro, aun en obras murales de gran tamaño deben economizarse, porque pueden resultar de una dureza chocante y ofensiva para los conocedores: la armonía general del claro-oscuro, y el valor del colorido tampoco resulta, ni ha de buscarse, por medio de un amaneramiento de tintas compuestas y dulcemente rotas ó quebradas, como se dice en lenguaje del Arte, más ó ménos frias ó calientes, sinó por el equilibrio, jugo pastosidad y brillantéz de los colores fundamentales, secundarios, ó compuestos hasta lo infinito, en toda la gradación, desde el pardo caliente y subido de tono, hasta el grís frio casi incoloro, pero sobre la base de color siempre.

Exigirlo todo en esta obra, sería pretender en ella la perfección, y de eso carecen la mayor parte de las más celebradas y aplaudidas.

Dése por satisfecho el autór con el éxito obtenido, dejando probado su valér artístico, y añadido á esta su pátria un nuevo timbre. Por ello deben sus compatriotas felicitarle y felicitarse.

JUAN O-NEILLE.

LA TIERRA

(TRADICIÓN EGIPCIA)

Ammon-Ra, el sér incomprensible, primitiva esencia de todas las cosas y lumbrera de la verdad, ocupaba el infinito. Nada existia más que él y en él existia todo; porque el Supremo Dios poseia en su pensamiento, el gérmen y la vitalidad de los Universos.

Con la rapidez del rayo, cruzó por su cabeza la idea de la reproducción y entónces surgió el principio fecundador: el gran Knef de cuya boca debia salir más tarde el huevo que encerrára á Ftá, dios del fuego y de la vida, destinado á cumplir, en su calidad de varon y hembra á un tiempo, la idea del inmenso Ammon.

Dividióse Ftá formando á Mendes, el poder varonil productivo y á Hefestóbula, el poder femenino generativo. Estos á su vez, engendraron á Fré-el sol-rey y ojo derecho del cielo, y á Pooh-la luna-reina y ojo izquierdo del firmamento; últimos vástagos de la familia de los eternos dioses.

Innumerables, como los granos de arena del desierto, son los hijos del Sol y de la Luna. Levantad la cabeza una noche despejada, y los vereis, miéntras su padre está entregado al sueño, lanzar escrutadoras miradas á través de los

espacios. Todos á un tiempo dirigen la vista hácia nosotros; los rayos de sus ojos convergen en el mundo que nos sostiene: mundo desgraciado cuya historia quiero referiros.

La Tierra es la primogénita de todos los astros y en su infancia quiso cuidar de ella su abuelo Ftá. Este dios, prendado de la maravillosa gallardía de su nieta, quiso á toda costa colocarla á los bordes de la perfección; así es que, poniendo en juego los múltiples resortes de su acción creadora, dotó á la Tierra de cuantas bellezas son imaginables.

Y nuestro planeta causó por mucho tiempo el regocijo de los dioses y la veneración de los hermanos que sucesivamente iban naciendo; porque la Tierra se parecia á su padre, como las pirámides se parecen entre sí.

La inteligencia previsorá de Ftá impuso á la Tierra una prohibición única. «No te atrevas, le dijo, á mirar á tu padre miéntras permanezca con los ojos abiertos; sólo cuando tu familia despierte, podrás, como los demás, levantar la vista.»

Cumpliendo el mandato supremo, la Tierra vivió feliz, pues sin conocer su semejanza con Fré no habia orgullo ni vanidad posibles. Á evitar estos males iba encaminada la órden del dios, pero desbarató sus planes un enemigo oculto que aguijoneando incesantemente á la Tierra la llevó á quebrantar las sagradas disposiciones, y por lo tanto, á su perdurable desdicha.

La curiosidad, esta tendencia que bien dirigida constituye en el sér humano la base de todos sus conocimientos, elevándole sobre el nivel de la creación, consiguió desviar

las sábias reglas establecidas en el orbe, y por esto fué maldecida cien veces desde lo alto.

Los dioses se reunieron, y llorando cuarenta dias con sus noches, formaron este mar cuyos límites no se alcanzan y este Nilo sin principio, emblema del infinito Ammon que pronunció, con la voz de los truenos, el fallo terrible con que debia castigarse á la Tierra. «Constituirás el símbolo de la causa que te ha inducido á la desobediencia: el símbolo de la curiosidad misma» dijo Ammon, y estas palabras repercutieron en todas partes é hicieron temblar á todos los astros.

La sentencia se cumplió enseguida.

Apareció el aire, que escudriña cuanto existe, desde lo más elevado á lo más profundo, desde lo más visible á lo más recóndito, desde la vida á la muerte—porque lo mismo penetra en nuestros pulmones que en nuestras tumbas;—aparecieron, como ya he dicho, el mar y el Nilo que, sujetos al fallo, sirven de *espejo* á Pooh y á su descendencia; apareció el hombre, cuyo *deseo de saber* es insaciable... todo, en fin, lo necesario para la cruel condena que sufrimos y que Ammon nos recuerda cuando se ennegrece el cielo, y los rayos se desprenden deslumbrándonos.

Que Él se apiade de nosotros!

ENRIQUE ALZAMORA.

Palma, Junio de 1884.

FIESTA DE TOROS EN PORTUGAL

He leído estos días un vanaglorioso documento para mi madre España. Suyo es su cielo y su suelo, y en vano se colocarán invernaderos para conservar, más allá de sus fronteras, fresco y lozano el perfume de sus costumbres. ¡Dios nos la depare buena con esos vecinos portugueses, que después de haberse emancipado de la casa solariega, muestran en la suya las alhajas que sustrajeron! Pero riquezas mal adquiridas no aprovechan; ni pacen yerba del Betis más potros que los andaluces; ni aprende á embozarse con la capa quien no viene de los Gatos; ni hay mujeres en el mundo como las de acá para esconder y enseñar á un tiempo, entre los pliegues de la mantilla, una flor que avallora la hermosura, produce el vértigo, estimula el deseo, atrae la mirada, tornea y colora los pulidos dedos que la acarician, y mueve las hojas á los golpes del abanico diestramente manejado.

España produce el oxígeno de la gracia endémica, y es preciso respirar este aire para gozar de los espectáculos españoles, ó asfixiarse de hastío. Toda trasplatación es imposible. Dígalo sino la carta del signor Giuseppe Beretti, por mí traducida al pié de estas líneas, que, tal vez sin conciencia de su autor, justifica mis apreciaciones. Bien me sé yo que su versión, si algo ha perdido en fidelidad, lo ha ganado

en viveza y colorido, como pez que vuelve á su elemento y se contonea graciosamente, escapado de las manos inhábiles del literato turinés. Y dicho esto, que debía á mis lectores, transcribo á continuación el citado documento.

Lisboa 1 Setiembre de 1760.

La fiesta de toros, para quien asiste á ella por primera vez, no puede negarse que es espectáculo capaz de poner los pelos de punta.

Os aseguro que no me gastaré un ochavo en otra corrida, y que llego haciéndome cruces de ver tantos cristianos, presbíteros muchos de ellos, presenciando una diversión tan llena de crueldad, y en día de domingo.

Quiero contaros todo lo referente á este inhumanísimo asunto. Ayer á las tres de la tarde subí á una calesa tirada por dos mulas, que es aquí el carruaje más comun, y, despues de una horita de trote largo, llegamos don Eduardo y yo á un lugar llamado *Campo Pequeno*. Allí se ha construído un edificio enteramente de madera y de forma decagonal, de doscientos cincuenta pasos de diámetro, poco más ó ménos. El piso llano de la fábrica contiene bancos dispuestos en forma de anfiteatro, y el segundo una serie de palcos capaces de contener cómodamente doce personas cada uno. Los concurrentes del anfiteatro se acomodan en los bancos ó se apoyan en una empalizada que llegará á la frente de las personas de regular estatura. Los de los palcos

se sientan en taburetes, por cierto bien incómodos. Los nuestros estaban á la parte de la sombra, casi enfrente del palco del Rey y á tres del de la Reina.

El Rey, vestido de seda negra y sin adorno alguno, vino con su hermano don Pedro, quien poco ha se casó con la princesa primogénita del rey del Brasil. La Reina había traído consigo á sus cuatro hijas, segun me dijeron, pues que ni á ella ni á éstas pude mirar con detenimiento, por el mal sitio en que me hallaba, y porque parecía como que se recatasen de ser vistas.

En el público gran número de hombres; las mujeres no pasarían de ciento.

Más de doscientas personas, muchas sentadas al suelo, habían traspasado la valla. No había allí un sólo Guardia del Rey, y sí sólo un hombre á caballo, vestido como de corchete, con un largo y sutil baston en la mano, apostado debajo del palquito de la Reina.

Sentóse apenas el Rey cuando entraron en el circuito dos como carros triunfales, tirado cada uno por seis mulas. Los tales carros eran sobradamente desgarrados y ruines. Llevaba uno ocho bribones disfrazados de moros guerreros y el otro una garbulla de ocho indios, tambien guerreros. Despues de dar los carros un par de vueltas á todo correr, los moros y los indios se desmontaron y comenzó entre ellos una breve y grotesca lucha, en que los ocho indios fueron derribados y muertos sobre el terreno por las espadas de madera de los ocho valerosos y tiznados morazos. Despues los moros vivos y los indios muertos, riendo y aullando, corrieron juntamente hacia un extremo del circo para dejar libre el campo á dos caballeros que debían alancear los toros.

Vinieron los ginetes vestidos á la española, y con penachos en la cabeza, sobre dos bellísimos caballos bizarramente enjaezados. Amarillo era el traje del uno; el del otro carmesí. Hicieron reverencia y obligaron sus caballos á hacer corvetas en honor de la Reina, del Rey y de los circunstantes, y alentados los campeones del aplauso general, fué á colocarse uno de ellos debajo del palco del Rey, miéntras el otro salía galopando junto á la valla, por el lado opuesto.

Un mozo del circo abre la puerta del toril y al abrirla se guarece en ella. Sale el toro. Con tres botes alcanza al campeón amarillo que espera, rejon en mano, la desatentada fiera. Siéntese ésta herida, y huye llevando clavado la mitad del rejon roto. El *toreador* hace saltar con mucha destreza su roano á un lado para salvarle de los no muy espantosos cuernos de punta roma á causa de cubrirse con un tarugo de madera labrada. Corre el toro la plaza con sin igual fiereza y el caballero le sigue dando vueltas á su alrededor. De nuevo embiste el toro y de nuevo se clava otro rejon en el cuello. En su huida alcanza al *toreador* carmesí que le clava el tercero en el mismo punto. Entonces el campeón amarillo desembaina una espada y asesta al desesperado animal golpe tan certero y con tanta fuerza dado entre costilla y costilla por sobre el espaldar, que lo derrumba allí mismo y lo desangra por la herida.

Apenas dió el toro con su cuerpo en tierra, muchísimos *toreadores* de á pié le saltaron encima, y, asidos de los cuernos, lo acribillaron á golpes de daga.

El alguacil, heraldo, oficial ó yo no sé como llamarlo, galopó enseguida con dirección á la puerta situada frente por frente del palco de la Reina, y, dada la orden, entró á

la plaza una cuadriga de mulas que arrastraron la bestia, no muerta todavía, juntamente con un moro que en la embriaguez de la alegría fué á sentarse triunfalmente sobre el derribado toro.

Enojoso sería, Hermanos, contar los pocos variados accidentes que sobrevinieron al correr los diez y ocho toros que, uno á uno, perdieron allí la vida durante la función.

Algunos, antes de morir, recibieron hasta ocho heridas en el cuello, unas de los *toreadores* de á pié, y otras de los *toreadores* de á caballo.

Es maravilloso ver á un hábil *toreador* de á pié que, cogiendo con la mano izquierda la cola del caballo de éste ó del otro campeón, y una banderola con la derecha, salta y corre sin abandonar jamás aquella bendita cola; y con la bandera punza é irrita la bestia, la cual embiste ora á aquél ora al jinete, y tan pronto como acomete la hiere el caballero, bien de plano bien sesgadamente; y así los dos la martirizan, volteando siempre con una presteza inexplicable.

Ni jamás es el toro herido sino por delante, y cuando embiste; que herirlo por detrás ó por el costado ó cuando huye, fuera villanía y moviera la concurrencia á indignación.

Uno de los toros, corrido y espantado de la gritería de indios y moros, y de los *toreadores* de á pié y de á caballo, saltó la barrera entre horrible confusión; pero ni uno solo de los numerosos concurrentes quedó muerto ni estropeado; ¡tal es su habilidad y práctica para tirarse al otro lado de la empalizada cuando ocurren lances parecidos! En las mismas gradas del anfiteatro fué degollada á pinchazos la ardida bestia, y remediado el accidente en pocos minutos, llegó la cuadriga de mulas que la sacó fuera, haciéndose de la aventura motivo de algazara de parte de los espectadores. Mas

no lo fuera de la mía si por desgracia me hallase en aquel sitio.

Hubo rejos de los que se dejaban clavados, que contenían cohetes de colores; y cuando el fuego empezaba á silbar enloquecía el toro y daba saltos espantosos; pero cuando estallaban los cohetes, el clamor y la alegría de los bárbaros circunstantes rebosaba estrepitosamente, porque es entonces cuando el toro llega á estar, segun dicen, endemoniado.

Un negro, con una banderola en la mano, esperó intrépidamente uno de los toros, y en el punto mismo en que la bestia bajó los cuernos para herirle, aquel negro, ligero como un pájaro, dió un brinco por entre los cuernos de la bestia y haciendo una voltereta, saltó libre por sobre la espalda del toro.

Otro negro empuñó con la izquierda el cuerno siniestro del toro, el que lo arrastraba con furia, mientras aquél fuertemente asido á su presa pegaba con la diestra golpes de daga al ocico y cabeza del animal, hasta que se dejó caer á tierra, dulcemente como un canto, sin causarse el daño más leve.

El decimoctavo y último toro estuvo á punto de cumplir las propias y las fraternas venganzas, acertando pegar un horrendo encontrón capaz de derribar el hermoso caballo del *toreador* amarillo, y pasar por encima de aquel mísero que le había clavado tres rejones en el cuello, y á no ser por los tarugos que el toro llevaba en la punta de los cuernos, destripa seguramente al caballero, y, lo que hubiera sido más sensible, su hermosísimo caballo

che niun de' quattro piè mai posse in fallo.

Roano por su parte y Argalia de la suya en un momento

se pusieron sobre sus propias piernas. Roano, dando saltos de carnero, huyó del sitio donde se le quiso hacer tan pesada caricia; y el amarillo Argalia, con la espada enhiesta, se abalanzó al toro, al que dió tantos y tan horrendos tajos, que á no tener los huesos de una naturaleza tan dura como el hierro, se abre la pobre bestia como una sandía. En suma, la turba de pedestres *toreadores* menudeó de tal suerte sus lanzazos al infeliz decimoctavo que éste murió de martirio.

Y así finió la cruenta fiesta con muchísimo gusto, satisfacción y tripudio de los fidelísimos súbditos de S. M. Fidelísima.

No quiero, empero, dejar de contar el mejor capítulo de esta bella historia. Despues de alanceado el octavo ó noveno toro se levantó un rumor grandísimo en el anfiteatro, de la parte donde estaba el Rey; las gentes se arrojaban á centenares desde la barrera á la estacada con tanta precipitación como si se hubiese declarado el fuego en los cuatro costados de aquella fábrica de madera, y todos corrían sin concierto hacia el centro de la plaza. Los que estaban á la parte opuesta, que era donde yo me hallaba, pedían á voces la causa del subitáneo trastorno. Y los gritos de los que se arrojaban, y de los que eran arrojados por la confusión al otro lado de la barrera, y los de la intranquilidad de los otros fueron tales, que en el recinto de las almas condenadas puede que no se oiga la mitad del estrépito que reinaba, ni se hubieran oído entonces los truenos de los Alpes ó de la Cordillera á haber retumbado allí. El feroz alboroto duró menos de un cuarto de hora y á no haber sido por las señas que el Rey hacía con el abanico para apaciguar el inmenso tumulto, y porque la Reina y las Princesas abalanzaran todo el cuerpo fuera del palco para decir con la diestra á

la gente que se aquietase, no sé cómo aquello hubiera terminado.

Súpose finalmente que algunos de los que estaban en el anfiteatro gritaron *terremoto*, voz tremendísima hoy á los portugueses, y á causa de la cual nació el inmenso pánico en los concurrentes, temerosos de que todo el edificio con los apostados en los palcos, les viniera encima y los exterminara.

No tardó en saberse que el grito fué astutamente propagado por los rateros que, logrando poner repentinamente en conmoción, robarían las prendas abandonadas por la prisa, en los mismos asientos de la espantada muchedumbre. ¿Oís-teis jamás, Hermanos, un tiro más sutil, más audaz, más desatentado que éste? ¡Ved qué almas más descastadas se hallan en Portugal! Promover un tumulto á presencia del Rey y con riesgo de todos, ¿puede hacerse más? En verdad que los rateros lusitanos no podrán ser tachados de inaudaces.

Volvió finalmente cada cual á su sitio y quien no se fracturó el cuerpo ni perdió objeto alguno en el desastre, rió muchísimo el propio y el ajeno espanto, y todos de acuerdo dejaron correr la fiesta, que acabó como se ha dicho...—*Giuseppe Beretti*.

J. L. ESTÉLRICH.

CRÍTICA ARQUEOLÓGICA (*)

Albergado con inmerecida hospitalidad en este recinto donde os congregais los estudiosos amadores de nuestras antigüedades patrias, donde me rodean tantas reliquias del arte, arrebatadas por vosotros á la corriente del olvido, no vengo á descifraros ninguna de esas resquebrajadas lápidas, ó polvorientos pergaminos salvados de entre las ruinas que amontona el tiempo. No me han sido dados, ni la sagaz penetración, ni el afan laborioso con que pugnaís por reconstruir nuestro pasado, restaurando los vestigios de las extintas generaciones á fin de que los caracteres de su fisonomía surjan resplandecientes en medio de las sombras, y aparezcan con nueva y completa vida.

Esas pacientes tareas son vuestra obra. Ellas acreditarán al orbe científico que los corazones baleares rinden modesto pero ferviente culto al arte de sus mayores: por ellas nuestros descendientes hallarán relatados y descritos primores que nuestra generación desconocía ó desdeñaba; y en tablas, piedras y papeles recorrerán con fácil ojeada los recuerdos que allegan y esclarecen vuestros afanes. Tuviérame por dichoso si consiguiera inscribir mi nombre en cualquiera

(*) Discurso pronunciado en la sesión del 11 Febrero de 1883 en la Sociedad Arqueológica Luliana.

de esos descubrimientos que revelan ó restauran un personaje, un monumento, una época; que no por recatados y modestos tienen ménos valor tales hallazgos que las empresas ambiciosas dirigidas á desanublar las tenebrosidades de lo futuro. Más, relegado á la condición de estéril admirador de este naciente Museo, y de las eruditas páginas que le ilustran, no puedo expresar en otra forma el deleite de que inundan mi espíritu, que confiando á vuestra benévola atención algunas reflexiones que me han sugerido acerca del espíritu crítico que ha de presidir á las investigaciones de la ciencia arqueológica.

Visible es ya el movimiento general que en nuestros dias impulsa á todas las clases sociales al aprecio y estudio de las antigüedades y estimula su veneración hácia las obras de otros siglos. Los gobiernos ilustrados disponen y costean excavaciones en los emplazamientos de ciudades borradas de la superficie del globo. Las capitales de la Europa culta erigen suntuosos Museos en que alternan las reliquias del arte egipcio ó babilónico, ó la estatuaria helénica con la primitiva armería mejicana. La piqueta de curiosos viajeros remueve el suelo de Cartago que surcó el arado de Escipión, los escombros de Esparta y de Corinto y hasta las ruinas de Troya, asolada por la cólera de Aquiles. Las colecciones numismáticas, las muestras de cerámica, orfevrería y *mayólica* engalanan los más distinguidos gabinetes, y un vaso etrusco, un capitel jónico, un broquel caballeresco forman parte de la moderna suntuaria.

Restáuranse y consérvanse por donde quiera los monumentos que otras edades conculcaron, llevadas del ciego espíritu de innovación expresado en la fórmula «*Recedant vetera;*» y si es innegable que surge entre nosotros un

nuevo vandalismo pronto á derribar así los alcázares de los reyes antiguos como las estatuas y columnas de los modernos emperadores, estigmatiza tales desenfrenos de la anarquía la opinión unánime del mundo. Tal es el hecho; de cuya demostración me dispensa la existencia de la misma asociación que me honra en este instante, la cual hace ménos de un siglo hubiérase tenido por inverosímil.

¿Á que causas podrá ser atribuido este gran desengaño social que mueve á ignorantes y entendidos á respetar y recoger como precioso el fragmento que como vil arrojaban ayer? La propagación que hoy alcanzan los estudios históricos, ha generalizado el conocimiento y el aprecio de la vida de los pueblos antiguos: las enseñanzas del arte, y la exhibición de sus obras han educado el gusto y enmendado el criterio general: la comunicación de las naciones ha esparcido los modelos, y el ejemplo de las más cultas ha guiado á las tardías y rezagadas. Mas este renacimiento de la Arqueología, no pasaria de ser una evolución efímera del gusto, si no alimentara sus raíces en más profundo terreno. Cuantas frondosas ramas lozanea el árbol de las ciencias, ante los ojos del entendimiento, otras tantas tiernas raíces tiene ocultas que se nutren con el jugo del corazón. En un sentimiento íntimo, noble, santo, tiene su origen la afición arqueológica: en el amor á lo pasado. Este sentimiento participa del respeto que inspira la edad en los hombres y en las cosas, del cariño nacido del hábito y de la dulce tristeza con que el alma, echa ménos, ó, como decimos en nuestra expresiva lengua, *anyora* todo cuanto vé desaparecer detrás de sí. El amor á lo pasado engendra el apego á las costumbres é instituciones antiguas, apellidado por algunos *tradicionalismo*; realza la poesía del hogar y de la patria, y

enciende la fantasía con toda la magia de los recuerdos. De tan tierno y eficaz sentimiento nace la curiosidad de investigar los hechos antiguos, á la cual debe el sér la misma historia; en él se sustenta la constancia en batallar contra la acción destructora de los siglos, sustrayendo á la ruina las memorias de los pueblos, y dilatando la corta vida de los trabajos humanos. Inexplicable seria para mí, Señores, ese ardor, esa fé con que vosotros mismos lidiais contra la ley inexorable del tiempo, disputándole algunos siglos, quizás solo algunos años de vida para estos restos que tenemos por preciosos, si no os alentara ese amor al arte, á las ideas á los hombres de otras generaciones, á quienes admirais circundados de la auréola de veneración, de cariño y de tristeza que ennoblece y realza cuanto ha dejado de ser.

Jano bifronte contemplando á la vez detrás de sí lo pasado y en frente el porvenir es el símbolo de la humanidad colocada en la vida entre el recuerdo y la esperanza. En ambos ideales la atraen con vivísimo alhago; son el paraíso que perdimos y la gloria celeste á que aspiramos segun nuestras santas creencias católicas: son en las ciencias políticas el apego que conserva, y la impaciencia que avanza; son en las artes la imitación y la novedad, son en fin la dulzura del reposo y el interés del movimiento; las complacencias de la adivinación de lo desconocido y de la resurrección de lo olvidado. Yerro es de nuestra humana flaqueza oponer uno á otro como antitéticos entrambos ideales, cuando lo pasado, lo presente y lo porvenir están suavemente encadenados en las leyes de la creación, y se preparan y suceden con admirable concierto. Nace del ayer el hoy: el hoy produce el mañana: sin que jamás falte el misterioso eslabón que los sujeta por más que la velocidad de su ro-

tación le eclipse á nuestras débiles miradas. El mismo paleógrafo que venera en un *palimpsesto* los fragmentos jurídicos del romano Gayo puede ser autor de un código para costumbres modernas. El mismo arquitecto que sostiene la ruinosa torre gótica, sabe concebir los planos del edificio del renacimiento. Por eso las aficiones arqueológicas léjos de ser una rémora para los vuelos del arte y de la general cultura, disponen los espíritus á conceptos originales, puesto que dilatan sus horizontes y alientan el ingenio como el mitológico Anteo cobraba fuerzas de la madre tierra ó el Fénix renacia de sus cenizas.

La tarea del anticuario está hoy expuesta y deslindada por la clasificación misma de las ramas en que la ciencia arqueológica se subdivide. Paleontología, numismática, paleografía, heráldica, epigrafía, glíptica, cerámica, ¿qué más? todos los órdenes de ideas relativos á los residuos de la vida compleja de las sociedades, son otros tantos veneros en que apaga la sed de su curiosidad el arqueólogo, llevando luégo á la historia el tributo de sus investigaciones. Pero ¿qué guía le dirige en sus afanes? ¿Qué noble propósito aspira á realizar su inagotable perseverancia? Si es el amor á lo pasado el sentimiento que enciende su ánimo y le conduce al pié del monumento que se derrumba, ¿ha de ser su único fin satisfacer su ardiente aspiración con la vista ó la posesión del codiciado objeto? Tal seria si solo condujeran sus pasos el orgullo egoísta, ó la necia vanidad de atesorar infructuosamente colecciones de antigüedades, á que dá valor el gusto de una época. Mas el arqueólogo interroga las huellas de lo que ha sido, en busca de la explicación de lo presente y de la revelación de lo venidero. En el hallazgo desinteresado de la verdad: obtiene su recompensa. Cuando

remueve los escombros ó perfora los estratos geogénicos de la corteza del globo, lleva en su mente el designio de encontrar en los vestigios fósiles ó arqueológicos la confirmación de las leyes dictadas por el Hacedor supremo: jamás el pensamiento alevoso de escudriñar la antigüedad para negar la historia ó de disecar la naturaleza para aniquilar la idea de Dios.

No debe recoger con inconsciente avidez cuantos restos caen en sus manos. Nutrido con todos los estudios relativos á la rama predilecta que haya elegido, sabe que los preceptos de la crítica racional deben guiar su inteligencia al graduar el mérito y la importancia de sus descubrimientos. Separa los despojos fútiles de los fragmentos característicos: discierne con seguridad el origen, la época: no se pierde en vagas conjeturas, ansioso de adivinar secretos que no siempre se deja sorprender lo pasado, y no funda sus afirmaciones sino en la comprobada y lógica inducción de concluyentes datos. Esta prudente crítica evita los errores de la credulidad, flaqueza harto comun en los amantes de lo antiguo, lo cual por una parte ha dado origen á un completo sistema de supercherías, con la fabricación de falsas antigüedades, y por otro á cómicas burlas de estrepitosos desengaños.

JOSÉ LUIS PONS.

(Concluirá.)

DESIG DE DEU

No hi ha tristesa sino per qui no l'ayma.

Del aucell si hagués lo vol
Com l'esperit volaria
Per l'espai,
Y agafant la llum del sol
Com á mon Deu cercaria
Per no dexarlo jamay!

Miraria 'l fit á fit
En la vida de la gloria
De los cels,
Tot voltat del bé infinit...
Hon ni una ombra fa memoria
Dels jorns de mort tan cruels.

Veuria en la veritat
Del etern sol de la vida
Resplendent,
Com á la immortalitat
De son bé inefable 'ns crida
Generós, omnipotent.

Y si 'l bon Deu me dexás
Un raig de sa llum divina
Baxá' al mon
Perque al hom iluminás...
Quin remey per la ruina
En que tots los regnes son!

Com veuria 'l cor humá
Que mogut del egoisme
No haurá sort
En lo mon que finará...
Perque sempre abat l' Altisme
La superbia de la mort!

Veuria en tot l' univers
La gloriosa omnipotencia
Del Senyor
Com confon al hom pervers
Que gosa en nom de la ciencia
Blasfemar del Creador.

Veuria l' amor de Deu
En la creació amollada
En l' infinit,
Y al Calvari lo Fill seu
Com la Creu ens ha donada
Y de la mort redimit.

Y en tota angoxá mortal
Que de nostre ser fent presa
El té retut,

Lo consol celestial
Tindria de fortalesa
Ab la cristiana virtut.

Qu' en lo bell arbre del cel
Té una flor de l'esperança
Cada plor,
Y un fruyt mes dolç que la mel,
Fruyt de benaventurança,
La resignació del cor.

Ay del hom qui no la té!
Segles d'angoxa sos dies
Li serán;
Que 'l cor de bades va y ve
Per terrenals alegries
Qu' en dols de mort se desfan.

L'infància, la joventut
Van cayguent en l'orfanesa
Cada jorn,
L'endemá la senectut
De la vida que 'ns ha presa
No esperem que gens ne torn.

Posem, donchs, lo nostre cor
En la vida que no acaba
Quant dexam
Aquesta terra de plor...
Ánima immortal, alaba
Al Senyor del tró y del llam!

Dicta en Sinaí la lley,
La consagra en lo Calvari,
En creu clavat;
Del cors y l'ànima Rey
Son palau y Santuari
Es l'univers qu' ha creat.

De l'amor santa ab lo nom
Dona s' altíssima ciencia
Á l'esperit,
Y es mina hon troba tot hom
Per l'eternal Providencia
Los tresors de l'infinít.

Qui no tem, qui no ama á Deu
Va com Cain per la vida
Desolat,
Portant sempre en lo cor seu
La consciencia que li crida:
Ahónt anirás, desditxat?...

Y al hom just vinagre y fel
Si 'l mon li dona y llançades
De dis-sort,
Jesús li guarda en lo cel
Les alegríes, trencades
En la terra per la mort.

MIQUEL V. AMER.

PONCELLA

Lo derrer que de ma pàtria
los meus ulls varen mirar,
vá esser aquella farola
de demunt aquell penyal.

Apoch poch, quant se perdía
dins les boyres de la már;
també s'apagá la ditxa,
també comensá lo plant.

Are, enfora, molt enfora
de la pàtria y de la llar;
l'amor y calor d'abdues
¿hont los trobaré plegats?

ANTONI M. PENYA.

Setembre de 1883.